

16 de junio

Domingo 11 tiempo ordinario

**Lectura del segundo libro de Samuel 2 S 12, 7-10. 13**

En aquel tiempo, Natán le dijo: ¿Tú eres ese hombre! Y esto es lo que ha declarado el Señor, el Dios de Israel: ¿Yo te escogí como rey de Israel y te libré del poder de Saúl; e te di el palacio y las mujeres de tu señor, y aun el reino de Israel y Judá. Por si esto fuera poco, te habría añadido muchas cosas más. ¿Por qué despreciaste mi palabra, e hiciste lo que no me agrada? Has asesinado a Urías el hitita, valiéndote de los amonitas para matarlo, y te has apoderado de su mujer. Puesto que me has menospreciado al apoderarte de la esposa de Urías el hitita para hacerla tu mujer, jamás se apartará de tu casa la violencia. Yo, el Señor, lo declaro: Voy a hacer que el mal contra ti surja de tu propia familia, y en tu propia cara tomaré a tus mujeres y las entregaré a uno de tu familia, que se acostará con ellas a plena luz del sol. Si tú has actuado en secreto, yo voy a actuar en presencia de todo Israel y a plena luz del sol. David admitió ante Natán: ¿He pecado contra el Señor. Natán le respondió: ¿El Señor no te va a castigar a ti por tu pecado, y no morirás;

**Salmo responsorial 31**

Feliz el hombre a quien sus culpas y pecados / le han sido perdonados por completo. / Feliz el hombre que no es mal intencionado / y a quien el Señor no acusa de falta alguna.

Pero te confesé sin reservas / mi pecado y mi maldad; / decidí confesarte mis pecados, / y tú, Señor, los perdonaste./

Tú eres mi refugio: / me proteges del peligro, / me rodeas de gritos de liberación.

Alegraos en el Señor, / hombres buenos y honrados. / ¡Alegraos y gritad de alegría!

**Lectura de la carta a los Gálatas. 2, 16. 19-21**

Hermanos, sabemos que nadie es reconocido como justo por cumplir lo que manda la ley de Moisés, sino por la fe en Jesucristo. Por eso, también nosotros hemos creído en Jesucristo, para que Dios nos reconozca como justos por medio de la fe en Cristo y no por cumplir la ley. Porque nadie será reconocido como justo por cumplir la ley. Porque por medio de la ley yo he muerto a la ley, a fin de vivir para Dios. Con Cristo estoy crucificado, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Y la vida que ahora vivo en el cuerpo, la vivo por mi fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó a la muerte por mí. No quiero rechazar la bondad de Dios: si uno fuera hecho justo por cumplir la ley, Cristo habría muerto inútilmente.

**Evangelio de Lucas (Lc 7,36-8,3)**

Lectura del santo Evangelio según san Lucas. En aquel tiempo un fariseo invitó a Jesús a comer con él. Jesús fue a su casa y se puso a la mesa. Había en la ciudad una mujer pecadora, la cual, al enterarse de que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, se presentó allí con un vaso de alabastro lleno de perfume, se puso detrás de él a sus pies, y, llorando, comenzó a regarlos con sus lágrimas y a enjugarlos con los cabellos de su cabeza, los besaba y ungía con el perfume. El fariseo que le había invitado, al verlo, se decía: «Si éste fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que lo toca. ¡Una pecadora!». Jesús manifestó: «Simón, tengo que decirte una cosa». Y él: «Maestro, di». «Un prestamista tenía dos deudores; uno le debía diez veces más que el otro. Como no podían pagarle, se lo perdonó a los dos. ¿Quién de ellos le amará más?». Simón respondió: «Supongo que aquel a quien perdonó más». Jesús le dijo: «Has juzgado bien». Y, volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: «¿Ves a esta mujer? Yo entré en tu casa y no me diste agua para los pies; ella, en cambio, ha bañado mis pies con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me diste el beso; pero ella, desde que entró, no ha cesado de besar mis pies. Tú no me pusiste unguento en la cabeza, y ésta ha ungido mis pies con perfume. Por lo cual te digo que si ama mucho es porque se le han perdonado sus muchos pecados. Al que se le perdona poco ama poco». Y dijo a la mujer: «Tus pecados te son perdonados». Los invitados comenzaron a decirse: «¿Quién es éste que hasta perdona los pecados?». Él dijo a la mujer: «Tu fe te ha salvado; vete en paz». Después de esto, iba por los pueblos y las aldeas predicando el reino de Dios. Le acompañaban los doce y algunas mujeres que había curado de espíritus malignos y enfermedades; María Magdalena, de la que había echado siete demonios; Juana, mujer de Cusa, administrador de Herodes; Susana y algunas otras, las cuales le asistían con sus bienes.